

Amor extravagante

Por Kerstin Anderas-Lundquist/hermana Margarita

Fue uno de los últimos días del amor y la amistad que mi esposo estuvo conmigo. Nunca lo olvidaré. Vino a la oficina donde yo trabajaba y me trajo un inmenso globo en forma de corazón. Fue algo extravagante, extraordinario, fuera de lo común. Nunca antes me había regalado algo similar. Fue su última oportunidad de sorprenderme con algo de esa magnitud. Después lo sobrecogió la enfermedad y la muerte. Pero me dejó un recuerdo «extravagante» que nunca olvidaré.

En las últimas semanas he estado pensando mucho sobre el tema que he elegido para este año, sobre la fragancia de Cristo, de cómo emanar el aroma de Dios al mundo.

La ventana de mi cocina es mi «apostento de oración». Desde allí miro al cielo y elevo oraciones desde lo profundo de mi ser. Mis pensamientos han girado alrededor de María de Betania y la ofrenda extravagante que dio a Jesús. No tengo un perfume fragante que ofrecer a mi amado Salvador; pero tengo mi tiempo y mis talentos. Ese es el «perfume» que puedo derramar a los pies de mi Maestro.

Vayamos de visita a la casa María y Marta, las dos hermanas que amaban a Jesús y hacían lo sumo para mostrarle su amor. Cada una de ellas, en su propia forma, mostró a Jesús su amor. (Véase Lucas 10:38-42; Juan 12:1-8; Marcos 14:3-9.)



La trabajadora y hospitalaria Marta

Marta, la experta ama de casa, mostró su amor a Jesús con hospitalidad. La imagino cantando alegremente en la cocina mientras preparaba una exquisita cena para el Maestro. Estoy segura que era una de las bellas mujeres a quienes les encanta cocinar. No estaba preparando la cena sólo para su familia y para Jesús. ¡No! Ella tenía al menos una docena más de personas a quienes sentar a la mesa, porque Jesús siempre viajaba junto con sus discípulos.

Cuando leemos acerca de Marta, en Lucas capítulo 10, estaba molesta. Su queja era que María la había dejado sola en la cocina. Cuando Marta se quejó a Jesús por tener que hacer todo el trabajo ella sola, el Maestro no la reprendió porque estaba cocinando. ¡Alguien tenía que preocuparse por la comida! Pero puso las cosas en perspectiva y le dijo que María había escogido «*la buena parte*» y que no le iba a ser quitada. Marta estaba preocupada con muchas cosas... ¡Unos momentos a los pies de Jesús habría calmado su ansiedad!

La ofrenda extravagante de María

Me imagino a María como la más tranquila de las dos hermanas, una mujer con corazón de oro. Ella probablemente era muy laboriosa. No creo que consiguió de forma gratuita el perfume de nardo puro con que ungió los pies de Jesús. El perfume fue valorado en trescientos denarios, lo cual representaba el salario de todo un año.

Cuando María derramó el perfume costoso a los pies de Jesús, los discípulos se indignaron, y dijeron: «¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres» (véase Mateo 26:8,9). ¡Siempre habrá críticos!

¡María dio lo mejor! ¿Cómo reaccionó Jesús? Dijo que no la molesten.

«¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra. Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura. **De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella**» (Mateo 26:10-13).

Ésta es la clave de cualquier acto de amor: hacer lo que podemos. Marta era la experta cocinera. En la cena que se hizo en Betania Marta era una de las que servían (Juan 12:2). Esa era su forma de mostrar amor. María se sentó a los pies del Salvador, escuchando sus palabras. Me imagino que cuando vio a su asidua hermana preparando succulentos platos para servir al Maestro, se preguntaba qué podría hacer para mostrarle su amor.

Fue entonces que recordó el frasco de alabastro que tenía guardado para una ocasión especial. No creo que el enemigo la haya dejado tranquila una vez que decidió ungir a Jesús con su perfume. Probablemente la bombardeó con argumentos similares a los de los discípulos, que consideraban que era un desperdicio verterlo sobre Jesús. Satanás probablemente le dio miles de ideas de un mejor uso para el perfume; pero ella se sobrepuso a esos argumentos y con el amor extravagante de su voluntarioso corazón, se arrodilló a los pies del Maestro y derramó el costoso perfume sobre sus pies. ¡Y la casa se llenó del olor del perfume!

Un círculo de amor

No podemos verter, literalmente, el perfume sobre los pies de Jesús; pero podemos ser sus manos y pies para amar a los demás. Podemos llenar el mundo de la fragancia de actos de amor extravagante. María hizo lo que pudo; y lo mismo hizo Marta. Hagamos un «círculo de amor»,

tomados de las manos y dispuestos a servir con amor a Jesús. ¡Seamos extravagantes en nuestro amor por el Maestro!

Marta, la experta en artes culinarias, sirvió a Jesús con un corazón hospitalario.

María, dócil y abnegada, aprendió del Maestro, sentada a sus pies. Con su ejemplo ella nos enseña a ofrecer a Jesús lo máspreciado que tenemos.

¿Qué podemos hacer para llenar nuestro mundo con la fragancia de actos de amor? ¿Cómo podemos mostrar a nuestro Salvador amor extravagante?

Tengo amigos misioneros en Jordania. Sus dos hijos van a una escuela árabe. Un día el menor de ellos abrazó a su madre cuando fue a buscarlo a la escuela y le dijo que uno de sus compañeros de clase lo había tratado mal.

«Al principio me enojé con él –le dijo a su madre–. Pero luego recordé que él no conoce a Jesús. Él no sabe cómo mostrar amor, pero yo sí sé. No lo odio. Voy a mostrarle amor para que él aprenda a ser amable.»

Así debemos pensar. Al ser un buen ejemplo, emanamos la fragancia de Cristo. Nuestra ofrenda de amor extravagante al prójimo honra a Jesús. Pregúntate hoy: ¿cómo mejor puedo ser las manos amorosas de Jesús? ¿Cómo puede mi vida sea la fragancia del conocimiento de Cristo?

«Gracias a Dios que en Cristo siempre nos lleva triunfantes y, por medio de nosotros, esparce por todas partes la fragancia de su conocimiento» (2 Corintios 2:14 NVI).



¡Amemos a Jesús con amor «extravagante»!